

FEDERICO SCHOPF

# UN RETORNADO ANTILACRIMOGENO

Claudia Donoso

*Formado intelectualmente al calor de las revueltas universitarias del 68 en Alemania, Federico Schopf regresó a las aulas chilenas como profesor de Teoría Literaria y Literatura Hispanoamericana para el gobierno de la Unidad Popular.*

*Atrás había quedado, entre otros, su amigo alemán que se empeñaba en bailar flamenco, "pero que llegaba hasta el primer paso porque no tenía temperamento para seguir" y que tal vez por lo mismo le pedía a Schopf que lo llevara en su auto a poner bombas a los consulados españoles: "Llegué a Alemania desde el Ateneo criollo, convencido de que allá me insertaría en el verdadero parnaso de la ciencia, pero allá todos estaban dedicados a aserrucharle las columnas a los templos del Saber". Entre ellos, por supuesto, Marcuse y Adorno, que se sumaron a la subversión del concepto de universidad como reproductora del statu quo.*

**E**n Chile, Schopf se convirtió a los 32 años en promisorio crítico literario de la izquierda no institucional (como correspondía), enseñó a su modo en el Pedagógico, escribió en los *Anales de la Universidad de Chile*, en *Atenea* y en los diarios *La Nación* y *El Siglo*. Como crítico, fue uno de los primeros en llamar la atención sobre la antipoesía de Nicanor Parra, colocándolo al mismísimo nivel de Neruda y Huidobro. Culturalmente se negó a "la oferta de los partidos tradicionales dedicados a la construcción de santorales que funcionarios de partido sentían la necesidad de edificar con el fin de consolidar un concepto de literatura de servicio a la causa".

Peleador Shopf, incorfomista y socialista, se asiló en una embajada para el golpe y aterrizó en Frankfurt, donde estuvo hasta el año pasado. Volvió a Chile. Acaba de publicar un libro de poemas titulado *Escenas de peep-show* (cabinas con vidrio polarizado para solitarios consumidores de pornografía), que recoge la extranjería de un sujeto que asiste desdramatizadamente al espectáculo de un mundo amenazado por la catástrofe y la alienación.

"En la sociedad que comentan mis poemas sobre los peep-show, dice Shopf, el protagonista ha sido reducido a la condición de mirón también respecto de su propia vida. En ese tipo de sociedad todo está permeado



por la internalización sutil de ideologías que lo mediatizan todo, incluyendo los sentimientos. La relación con la realidad está eficientemente programada. Por ejemplo, es un lugar común en la vida cotidiana europea el partir de vacaciones una o dos veces al año a los lugares de supuesta felicidad. Las personas se inscriben en estos programas para ser felices y parten a constatar la idea previa que tienen de ella, constatación que ha sido previamente filtrada por la ideología organizadora de la felicidad. Incluso el turismo ofrece vacaciones

para individualistas en playas donde se concentran masivamente los individuos que abominan de la masa".

**¿Cuáles serían las formas de disentir de una sociedad como ésta?**

Es difícil protestar, oponerse, porque la marginación, por ejemplo, como forma de disidencia encuentra cabida en el sistema oficial, que tiene una capacidad increíble para asimilarla e inscribirla también en programas para disidentes. Yo pienso que el éxito de esta programación es total, porque es muy improbable que allí se llegue a sentir la necesidad de libertad, puesto que todo está organizado para que uno se sienta libremente re-alizado. Este es un tema que me interesa literariamente.

**¿Y cómo relacionas tú, dentro de esa percepción escéptica, literatura y realidad?**

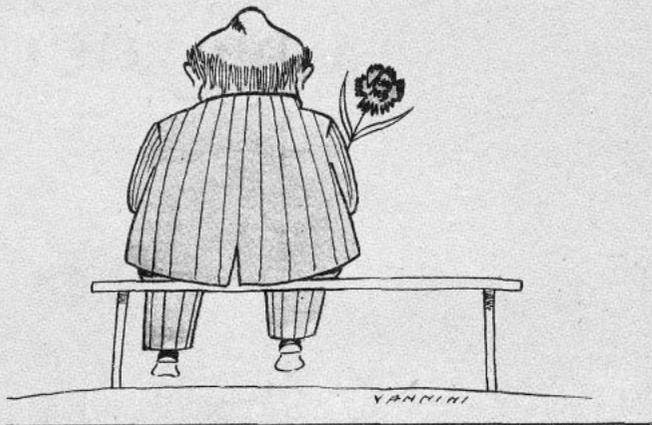
Creo que la literatura es una construcción que se agrega a la realidad y propone un sentido. La literatura es un completamiento de la realidad que hasta puede renunciar a comprenderla. Se refiere a ella y produce un sentido incluso cuando al mismo tiempo lo niega.

**¿Qué fue lo que te motivó a hacerte visitante asiduo de los peep-show, esas cabinas de la pornografía solitaria?**

Bueno, es evidente que alguna morbosidad debo tener, porque decir que iba allí en calidad de investigador no se ajustaría a la verdad. En ese lugar me pareció ver una concentración de lo que es el mundo moderno, que tiene que ver con la mediatización organizada de que hablaba antes. Ahí van tipos viejos, empleados de banco, perfectos padres de familia de las capas medias a mirar a través de un vidrio a chicas que se turnan cada tres minutos, durante los cuales se exhiben, conversan y atienden las demandas que les hacen de gestos y posturas. Ganan cien veces más que escribiendo a máquina, pero a su vez son explotadas por el genio que inventó este sistema multiplicador de ganancias. Es frecuente que ellas crean que se van a hacer ricas y también que sean drogadictas. Muchas se suicidan. No tienen elementos síquicos para resistir. Generalmente provienen de pequeñas ciudades de los alrededores de la metrópoli. Yo me hice amigo de una de ella. No entendía qué era lo que yo quería. Conversar, le decía yo. No entendía por qué yo andaba trayendo libros en mi bolsa. Creyó que yo era de la policía. Finalmente

## CALLE NUESTRA DE CADA DIA

Claudio di Girólamo C.



esos lugares se me empezaron a hacer repetidos, porque aunque las chicas eran muy lindas yo no estaba dispuesto a que sucedieran grandes catástrofes en mi vida privada, que hubiera sido la única forma de ofrecerles algo a las chicas que conocí.

### ¿Cómo se percibe en Europa la literatura producida por el efecto de las dictaduras y el exilio?

De alguna manera se ve a Hispanoamérica como el continente de la utopía política posible y como el lugar de lo maravilloso. Escritores como García Márquez y Alejo Carpentier ya habían fundado esa ilusión, y ése es uno de los efectos producidos por la literatura del exilio que siguió en esa veta. La otra variante es la que satisfizo ciertas conciencias culpables de amplios sectores de la clase media europea, que vieron sintetizada la realidad de Hispanoamérica en libros como *Las venas abiertas de América Latina* o *La canción de nosotros*, de Eduardo Galeano, y que a mi juicio pertenecen a una literatura de servicio que ha dado una visión simplificada de lo que ocurre en estos países del Tercer Mundo. Una visión reduccionista que corresponde a la fórmula según la cual sin Pinochetes no existen Galeanos. Y ello se asocia a la industria cultural del exilio que ha producido una subliteratura, que es una aplicación de ideología sobre la realidad en el mismo sentido en que la Doctrina de la Seguridad Nacional también lo es, sólo que esta última se sustenta en la fuerza que permite esa aplicación. Las dictaduras y esa literatura de servicio no se fundan en la complejidad de lo real y crean un círculo vicioso institucionalizado que por ambas partes crean realidades distorsionadas.

### ¿Cómo encontraste al país a tu regreso?

Mi impresión es que en Chile no ha habido un proceso de asimilación de la destrucción provocada por el golpe militar en la izquierda, que no veo que se haya sometido a una rigurosa operación de autocrítica necesaria. Sólo hay un recubrimiento del trauma. Incluso en ciertos sectores de la cultura nacional, el autoritarismo es la forma normal de relación pública. Las presentaciones de libros y las conferencias a que he asistido se desarrollan al estilo de los comunicados de gobierno. No se establece diálogo crítico alguno, sino una especie de contaminación emotiva y lacrimosa de participación. □

Un día cualquiera, saliendo de una sala de cine. Son cerca de las doce de la noche. El cuchicheo de los comentarios se va perdiendo a lo lejos. Una pareja de enamorados ahoga las últimas palabras en un largo beso; después, muy abrazados, doblan por la esquina más próxima. De improviso la calle queda sola, casi suspendida en el silencio que la envuelve. Emprendo la marcha lentamente: algunos adoquines, rebeldes, se asoman a través de la máscara de asfalto: parecían que pujan para sobrevivir, para decirnos que aún existen, debajo de la avalancha de años y de las capas de materia que los recubre. Su presencia se me hace obsesiva, la huella de los rieles de los antiguos tranvías me lleva con ellos a recorrer esa calle de antes.

¿Antes de qué? Tal vez antes de que se reglamentara su soledad, antes de que se decidiera por decreto su vigilia y su sueño. Antes de que se tratara de opacar y borrar su memoria estampada en su calzada y en sus veredas. Memorias de imágenes, multitudes, sonidos y silencios que fueron tejiendo la historia de una ciudad, de un pueblo.

Mirando el suelo, recorro la geografía de esta calle antigua, de la Vieja Cañada, Avenida de Las Delicias, Alameda Bernardo O'Higgins, Avenida del Libertador... Los nombres pasan por ella sin tocarla; son nombres de circunstancias, nombres otorgados por otros, para ponerlos en un mapa, que se exhiben en unos letreros que se yerguen sobre ella.

Pero "ella" se llama simplemente calle. Existe sólo si la transitamos; se nombra con nuestros pasos y su alma vive con nuestros recuerdos. En ella la vida se ha ido acumulando en los pies de muchas generaciones que la han trabajado, alisado y herido. Muchas vidas cotidianas han conformado su espacio y su sentido. Su piel lleva las huellas de una historia común, de un pasado imborrable de un pueblo amante del derecho de vivir en paz. Ella le pertenece a todos, indistintamente, sin horarios, sin trabas. Ha nacido para servir, para ser usada, para ser un lugar de encuentro y vivir con la vida de todos.

Hoy no es así. Hoy nos sumergimos en el metro, entre caras que miran al vacío, como la nuestra. Hoy elegimos la rapidez y la eficiencia; tratamos de acortar lo más posible ese paréntesis obligado de punto a punto, casi suspendiendo la vida, aguantando la respiración para retomarla en otro momento, cuando tenga un sentido, una función más útil.

Arriba, en autos y micros, entre nubes de humo y el olor agrio de las bombas lacrimógenas, las mismas caras ausentes se asoman por las ventanillas a mirar unos cuantos colegiales perseguidos por carabineros, o el paso, entre sirenas y luces destellantes, de autos de vidrios oscuros.

Y la calle espera. Esos rieles antiguos no sólo llevan al pasado; pueden ser recorridos en el otro sentido. Ellos pueden, debajo del asfalto, decirnos cómo recordar y cómo imaginar el futuro.

Esos adoquines, que llevan en sí todas las pisadas del pasado, nos pueden ayudar a reencontrarnos y a dar vida a una nueva calle, a una nueva ciudad, a un nuevo país.

Si la calle existe sólo cuando la transitamos, con mayor razón el camino nace cuando comenzamos a caminar. □